

Thomas
de Quincey

*Bosquejos de infancia
y adolescencia*
1785-1800

sextopiso

Bosquejos de infancia y adolescencia

1785-1800

Bosquejos de infancia y adolescencia
1785-1800

THOMAS DE QUINCEY

EDICIÓN, TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE ANDRÉS BARBA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Primera edición: 2012

Edición, traducción y prólogo
ANDRÉS BARBA

Fotografía de portada
JOAQUÍN GALLEGO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012
San Miguel # 36
Colonia Barrio San Lucas
Coyoacán, 04030
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.
28010, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-72-7
Depósito legal: M-7682-2012

Impreso en España

CONTENIDO

Prólogo	
Del niño como padre del hombre <i>Andrés Barba</i>	9
Capítulo I	
Familia y casa paterna	15
Capítulo II	
La aflicción de la infancia	27
Capítulo III	
Iniciación a un mundo de conflictos	55
Capítulo IV	
La literatura en la infancia	129
Capítulo V	
La infiel	143
Capítulo VI	
Mi ingreso en la batalla de la escuela pública	159
Capítulo VII	
Mi ingreso en el mundo	173
Capítulo VIII	
La nación de Londres	191
Capítulo IX	
Dublín	221

Capítulo X	
Mi hermano Pink	237
Capítulo XI	
Madurez prematura	265
Capítulo XII	
Laxton, Northamptonshire	279
Epílogo	
En la Escuela de Gramática de Manchester	313

PRÓLOGO DEL NIÑO COMO PADRE DEL HOMBRE

Fue en 1852 cuando Thomas de Quincey, que por entonces acababa de cumplir 67 años, comenzó a preparar la primera edición de sus obras completas para que fueran publicadas por la imprenta de Mr. James Hogg en Edimburgo. Había una peculiaridad que dificultaba el trabajo, la de que Thomas de Quincey, a diferencia de sus contemporáneos, prácticamente no había publicado nada en forma de libro; toda su obra estaba literalmente dispersa en cientos de publicaciones en revistas. Los únicos libros que había publicado en vida eran sus célebres *Confessions of an English Opium-eater* (tras el éxito bajo su formato original por entregas) en 1822 y que había sido reimpreso cinco veces, su novela *Klosterheim, or The Masque*, en 1839 y un pequeño volumen de ensayos recogidos bajo el título *Logic of Political Economy* en 1844. Aparte de eso la ingente obra de Thomas de Quincey estaba no sólo dispersa y prácticamente inasequible, sino también desordenada. Para sus contemporáneos, más que un escritor, era un articulista de primer orden y un caso inclasificable hasta la fecha en la historia de la literatura inglesa. De Quincey declinó de inmediato la oferta de hacer una sencilla recopilación de textos y, a pesar de que su adicción al opio le había dejado tras tantos años de consumo en un estado deplorable, aplicó sus últimas fuerzas no sólo a ordenar cronológicamente (en cuanto al tema, no en cuanto a la fecha de publicación) todos los artículos que tenían que ver con lo que había denominado sus *Autobiographic Sketches* (Bosquejos autobiográficos) sino también a corregir las piezas que el apresuramiento, o las entregas bajo fecha, le habían hecho escribir más descuidadamente. Es precisamente en esa primera edición de sus obras completas (De Quincey se

empeñó personalmente en que el primer volumen fuera su autobiografía) donde se percibe hasta qué punto estaba, no sólo orgulloso, sino seguro de que si su lugar en la posteridad tenía que ser defendido por algo, y su originalidad destacada, era por aquellos textos en los que a lo largo de tantos años había ido desgranando pacientemente sus memorias desde la infancia hasta la madurez. El orden cronológico real de esos artículos sería el siguiente: en primer lugar, desde la infancia a la adolescencia, irían los artículos que componen este volumen y que hasta la fecha estaban prácticamente inéditos en español, en segundo lugar, e inmediatamente después de la página que cierra este libro irían las memorias londinenses recogidas en las *Confessions of an English Opium-eater*, tras ellas su vertiginoso *Suspiria de Profundis* y, finalmente, *The remembrances of the lakists poets*.

Cuando De Quincey decidió que la edición de sus obras completas debía comenzar con su propia autobiografía, descubrió que la inmensa mayoría de los primeros artículos que la componían los había escrito en 1834 en una serie que tituló *Sketches of Men and Manners from the Autobiography of an English Opium-eater*, continuó durante aquel año y durante varios años más en los mismos números de la *Tait's Edinburgh Magazine*, y también en el *Hogg's Instructor* bajo el título de *A Sketch from childhood* y la concluyó en 1845 con la serie titulada *Suspiria* en la *Blackwood Magazine*. Las fechas, por tanto en las que fueron redactados los artículos que componen este volumen abarcan gran parte de los años activos de Thomas de Quincey desde 1834 hasta 1845, por un lado y por otro desde 1851 a 1852.

Muchos de los artículos que se recogen aquí y que hasta la fecha no habían visto la luz en español son en gran medida la prueba de la contemporaneidad del mejor De Quincey. Algunos en concreto, como el extenso capítulo titulado aquí «Introducción a un mundo de conflictos» (y en otras obras del autor «Bosquejo de la Infancia»), compiten, a mi juicio, en igualdad de condiciones con las *Confessions of an English Opium-eater* y se pueden contar entre sus piezas mayores, injustamente

desconocidas hasta hoy. Hay también, de hecho, una excelente traducción de Jerónimo Ledesma de ese texto, pero como él utilizó la versión sin corregir de De Quincey, yo he preferido incluir en esta edición la versión «corregida» por el autor para la recopilación de sus obras completas de 1853, que incluye una nueva ordenación y numerosos añadidos y notas.

La edición de este libro, aun contando con las versiones ordenadas por el propio autor, ha sido ardua. He preferido aquí suprimir algunos artículos que tenían un carácter más histórico para centrarme en los estrictamente autobiográficos. He dejado fuera, por tanto los dos artículos sobre la Rebelión irlandesa (*First Irish rebellion of 1798* y *French invasión of Ireland, and second rebellion of 1798*, publicados en *Tait's Magazine* en mayo y abril de 1834), el peculiarmente tedioso *Travelling in England in the old days* publicado en la *Tait's Magazine* en mayo y agosto de 1834 y también *The priory, Chester* por razones cronológicas, ya que se situaba en un período posterior a las confesiones del comedor de opio. He incluido, en este orden, los siguientes:

—*Parentage and the Paternal home* («Familia y casa paterna»), publicado en *Tait's Magazine* en febrero de 1834 (omitido por De Quincey en sus primeras obras completas), por tratarse del único artículo que el autor dedicó íntegramente a la figura de su padre.

—*The Affliction of Childhood* («La aflicción de la infancia»), publicado en *Blackwood* en 1845 y procedente de la revisión de un artículo previo publicado en *Tait's* en febrero de 1834. En 1851 conformaba una de las partes de *Suspiria de Profundis* publicada en *Hogg's Instructor*.

—*Introduction to a World of Strife* («Iniciación a un mundo de conflictos»), la versión corregida por De Quincey para sus obras completas del artículo publicado bajo el título de *A Sketch from Childhood*. Vio la luz por primera vez entre 1851 y 1852 en *Hogg's Instructor*.

—*Infant Literature* («La literatura en la infancia»), que conformaba la sexta entrega de *A Sketch from Childhood*, publicada en 1852 en *Hogg's Instructor*.

—*The Female Infidel* («La infiel»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*I am Introduced to the Warfare of a Public School* («Mi ingreso en la batalla de la escuela pública»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*I Enter the World* («Mi ingreso en el mundo»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*The Nation of London* («La nación de Londres»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*Dublin* («Dublín»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*My Brother Pink* («Mi hermano Pink»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1838.

—*Premature Manhood* («Madurez prematura»), publicado por primera vez en *Tait's Magazine* en 1834.

—*Laxton, Northamptonshire* («Laxton, Northamptonshire»), un artículo reescrito casi íntegramente por el propio De Quincey para la edición de sus obras completas de 1853.

Me gustaba que la estructura del libro la conformara el viaje espiritual que hace Thomas de Quincey desde que tiene conciencia de sí mismo hasta que se desliza lentamente por la adolescencia hacia el estado que provocará su huida a Londres y el comienzo de su adicción al opio. El resultado es un fresco de una coherencia y una rotundidad que sólo pueden alcanzar los clásicos, el giro maniático entorno a una pregunta con la que, de hecho, comienza uno de los capítulos que componen este libro: ¿En qué momento el niño se convierte en hombre?:

«El niño es el padre del hombre» dice Wordsworth para llamar la atención sobre el hecho, casi siempre desapercibido o del que sólo se es consciente a medias, de que todo lo que acaba siendo un adulto ha preexistido de manera germinal en el niño, como si se tratara de una fruta. Sí, hubo un día en que todo lo que hoy está completamente desarrollado en el hombre estuvo latente —de forma visible o invisible— en el brote del niño.

Puede afirmarse que todo este libro es una manera de corroborar esa convicción intuitiva, y una celebración también: la de la afirmación absoluta de la diferencia y la fascinación por la vida de los otros. De Quincey no sólo es un escritor emocionante por lo que tiene de contemporáneo, sino también por lo que tiene de «confidencial».

He preferido en esta edición (a diferencia de otras recopilaciones de De Quincey) no añadir más notas a pie de página a las ya numerosas notas tan propias del estilo del autor para no sobrecargar el texto. De Quincey es de una sabiduría casi enciclopédica y una de las características de su prosa es precisamente esa forma en la que un tema genera de forma continua conexiones y ramificaciones con otros múltiples asuntos, una característica que se acrecienta a lo largo del desarrollo de este libro. Lo más emocionante, como siempre en De Quincey, sigue siendo lo más terrible: las descripciones en estos textos de la muerte de su hermana pequeña, o de su padre, o de la trágica historia de su hermano Pink, se encuentran también, sin duda alguna entre las piezas mayores del autor; pero hay también un De Quincey mucho más raro y extraordinario, cargado a ratos de un humor desbordante y de una inteligencia para reflexionar sobre su propia vida (y por ende, sobre la vida en general) que sólo está presente aquí; un De Quincey previo a la melancolía «*penserosa*» del comedor de opio. Con esta recopilación de artículos queda cubierta, por tanto, la laguna más importante que existía en castellano sobre el autor. No me parece exagerado afirmar que se trata de un prólogo imprescindible para entender en profundidad al adicto al opio más célebre de la historia de la literatura.

ANDRÉS BARBA

CAPÍTULO I

FAMILIA Y CASA PATERNA

Mi padre fue un hombre sencillo y sin grandes pretensiones que comenzó su vida con lo que está considerado en Inglaterra (o al menos *estaba* considerado entonces) una pequeña fortuna, o lo que es lo mismo, seis mil libras. En una ocasión escuché a un joven banquero de Liverpool, y quienes le oían coincidían plenamente con él, fijar en seis mil libras el ejemplo *perfecto* de lo que consideraba, teniendo en cuenta los cánones ingleses, una herencia peligrosa; era demasiado poco, eso dijo, para asegurar una comodidad y una independencia *reales* y aún así era demasiado como para no convertirse en una tentación para la indolencia. Seis mil libras constituían por tanto una trampa para un hombre joven y podían considerarse una herencia funesta. Por otro lado, Ludlow, el regicida, quien como hijo de un barón inglés y excomandante en cargo de la caballería del Parlamento sabía mejor que nadie lo que convenía a una vida lujosa y elegante, apunta que en opinión de cierto caballero inglés que le protegió de caer en la indigencia no había nada como unos ingresos de cien libras anuales para disfrutar en plenitud de todas las comodidades de esta vida: se podía vivir sin envidiar los bienes del vecino y no se era, al mismo tiempo, lo bastante rico como para que nadie envidiara los propios. Es cierto que lo dijo en 1660, cuando los ingresos necesarios para vivir en Inglaterra no se habían distanciado tanto, *aequatis aequandis*, de los de hoy, y los ingresos medios estaban muy por debajo de lo que llegaron a estar en el largo período de guerra que siguió a la Revolución Francesa.

Sea como sea, lo que para un hombre es sabia moderación para otro puede ser, en diferentes circunstancias, una abierta injusticia y una sórdida incapacidad de poder aspirar a nada.

A los veintiséis años, o alrededor de esa edad, mi padre se casó y es probable que las pretensiones de mi madre, que eran, en cierto modo, más elevadas que las suyas, coincidieran en el tiempo con su propia determinación mental de evitar la tentación, si es que llegó a existir, de escapar de una vida de oscura indolencia. Con aquella pequeña herencia y en un país tan caro como Inglaterra, no podía prometer a su esposa mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrada. Todo hombre desea para su esposa al menos lo mismo de lo que ella le provee de modo que, pensando en ser justo con lo que él consideraba las razonables expectativas de mi madre, comenzó a trabajar como comerciante con Irlanda y las Indias Occidentales. No me cabe duda de que, a parte de la consideración por su esposa, también le empujó a una vida activa el hecho de que la sociedad inglesa profese tanta desconfianza por aquellas personas cuya única aspiración es el ya comentado *no hacer nada*. Cuando digo que trabajó como comerciante con las Indias Occidentales debo defender su memoria de cualquier conexión posible con el comercio de esclavos a partir del cual se crearon tantas fortunas durante aquellos años en lugares como Liverpool, Glasgow, etc. Se piense lo que se piense de la *esclavitud*¹ en las colonias británicas o de los intentos que los estadistas llevaron a cabo para remediar aquellos males de los secuestros, los asesinatos y el *comercio de esclavos*, no puede haber más que dos bandos y mi padre, a pesar de estar conectado con el comercio con las Indias Occidentales, estaba tan lejos de permitirse asistir a aquello hasta como espectador pasivo que, tras la

1 La confusión entre *esclavitud* y *comercio de esclavos* era universal en aquella época a pesar de que hoy se considere un exceso de diligencia tratar de establecer la distinción entre ambos términos. Aún así el año pasado, en el desarrollo de una conversación con un cirujano muy respetable y bien informado, descubrí que daba por descontado que la *emancipación* había sido uno de los motivos expresos que habían espoleado a Wilberforce, Clarkson y a tantos otros en su larga cruzada. No pude convencerle, de que por mucho que asumieran aquel fin como su consecuencia *última*, ni siquiera habían considerado digno de mención el asunto en su momento.

primera publicación² del famoso ensayo de Clarkson y las evidencias llevadas ante la Cámara de los Comunes, lo consideraba una abominación tan horrenda que su oposición llegó a ser tan enérgica como para prohibir estrictamente el uso del azúcar en su propia familia.

En lo que se refiere a algunos aspectos esenciales de mi vida posterior, heredé de mis padres y de las peculiaridades de sus caracteres grandes ventajas. Los dos, aunque de diferente manera, fueron muy moralistas aunque mi madre, si se la comparaba con la gente de su rango, tenía la ventaja añadida de una educación y unos modales de lo más refinados. Cada cual tiene su propia idea de en qué consiste el *summum bonum* en cuanto se refiere al trato con la vida. Desde mi punto de vista, y sin intención de molestar a nadie con mis filias y mis fobias sobre aspectos poco ilustrativos, siempre he reconocido con franqueza que en todas las imágenes que soy capaz de proyectar sobre la felicidad social, el espíritu de las *buenas maneras* siempre ha sido, con mucho, el elemento más indispensable de todos. El ideal del italiano como lengua hablada ha sido descrito muchas veces de la siguiente forma: *Lingua Toscana in bocca Romana*. Son necesarios esos dos elementos: el uso florentino de las palabras y su vocabulario específico expresado con acento romano. Parodiando un poco el ejemplo me atrevería a decir que mi concepto de una sociedad (o de un hogar) perfectamente bien constituido y capaz de ofrecer los placeres más perdurables responde a términos semejantes: la moral de la

2 Mientras escribo estas líneas, al igual que Salmasius, no tengo a mi lado los libros necesarios para corroborar ciertas cosas. Las referencias las hago desde mi experiencia de cuarenta años como lector, pero de memoria. Debe ser entendido que lo hago en todos los casos, excepto cuando lo exprese mediante una nota de referencia concreta. En lo que se refiere a este particular mis recuerdos son algo vagos. El ensayo de Clarkson (originalmente redactado en latín) fue publicado, creo, en 1757, al igual que el libro de Anthony Benezet acerca del caso judicial de Granville Sharpe sobre el comercio de esclavos. Aquéllos fueron los primeros, luego vinieron Wilberforce, el segundo libro de Clarkson y las evidencias ante la Cámara de los Comunes.

clase media inglesa mezclada con los modales de la aristocracia, o para ser más precisos, la moral de las buenas familias mezclada con los modales de la nobleza. No soy capaz de imaginar modales más nobles ni refinados que los de la nobleza en Inglaterra como tampoco soy capaz de imaginar una moral menos construida sobre la mera amabilidad o la sensibilidad quisquillosa y más sobre los principios y la conciencia que la de la clase media británica. Sobre este particular, al menos en mi experiencia, se podrían traer a colación todo un mundo de libros, literatura, instituciones y hechos que lo corroboran. Soy consciente de la ira que provocará esta declaración en algunas personas de ambos mundos, pero no estoy dispuesto a ceder un ápice en esto que se me presenta como una verdad incuestionable a despecho de la misantropía, el cinismo, los prejuicios políticos o los sentimientos antipatrióticos. Comentaré, cuando se dé la ocasión, algunas críticas que se me han hecho sobre este punto. Dejemos que aparezcan cuando llegue su turno y que tengan la réplica que merecen. La moral es un asunto demasiado complejo y cuando uno habla sobre ella no es difícil acabar haciendo observaciones erróneas, pero si hay algo que no es susceptible de ser expresado mediante las simples palabras es el volátil, fugitivo e imponderable mundo de las buenas maneras, que siempre ha de ser asistido, ilustrado e interpretado con continuos ejemplos provenientes de la propia experiencia. Tampoco creo que el lector me acuse de aristocratizante ahora que entiende qué es lo que admiro de la aristocracia y dónde termina mi admiración. Es mi flaqueza, si el lector juzga considerarla de ese modo, no ser capaz de imaginar una sociedad ideal y felizmente constituida sin incluir como un elemento imprescindible y equilibrante, cierto refinamiento en los modales que en las personas extraordinarias se producen aunque su atención no esté puesta en ellos de manera consciente. Con ese espíritu, y sin hacer ninguna pose, me veo más capaz de renunciar a ciertas necesidades que muchos consideran imprescindibles, que a renunciar a la elegancia y la propiedad en las circunstancias ordinarias de la vida.

Aquéllos eran los sentimientos, o si lo prefiere el lector, las flaquezas que me situaron en una posición singularmente afortunada. Mi padre, como ya he dicho, no tenía cualidades extraordinarias, pero la integridad moral que he atribuido a su clase estaba en él tan particularmente encarnada que en mi juventud, e incluso muchos años después de su muerte, me he encontrado a menudo con desconocidos que me han dicho, casi con idénticas palabras: «Señor, yo conocí a su padre y puedo decirle que fue el hombre más íntegro que he conocido en mi vida». Nadie, al menos que yo recuerde, le describió como alguien inteligente o como a un hombre de talento y eso que fue ambas cosas aunque en un sentido menor, gracias a su éxito en los negocios y en tantos otros aspectos. Llegó a escribir un libro y aunque no tenía grandes pretensiones en cuanto a su tema en aquellos días el simple hecho de haberlo escrito ya acreditaba a alguien como inteligente y confiado en sus opiniones. El estilo era respetable y el tema era un esbozo de viaje a ciertas regiones del interior de Inglaterra. Fue publicado en un pequeño volumen en octavo. La estructura en la que lo había concebido era soportablemente miscelánea y durante el viaje el lector entendía bien su doble propósito: la atención por un lado a las Bellas Artes y la descripción de las pinturas y esculturas de las principales mansiones que se cruzaban en su camino y, en segundo lugar, la atención por las artes mecánicas a partir de la descripción de los canales y fábricas que comenzaban a emerger por aquel entonces con rapidez gracias a Arkwright por un lado y, por el otro al ingeniero Brindley bajo el patrocinio del duque de Bridgewater. Aquel duque había acabado adoptando, por casualidades de la vida, aunque tal vez también por su propia naturaleza y su sombrío recuerdo de ciertos daños e indignidades sufridas, un tipo de costumbres ascéticas que le hacían proclive a ofrecer su dinero para el patrocinio de los canales de Brindley. Había sido rechazado por una amante y aquello le había predisposto en contra de las mujeres, se había convertido en un misógino más amargado que Eurípides. Cada vez que veía a una mujer se descomponía

y era capaz de desviar su camino lo que hiciera falta con tal de no encontrarse de frente con ella. Liberado, gracias a aquel accidente de su vida, de los cargos de un gobierno ducal, fue capaz de generar una inmensa fortuna que proporcionó grandes beneficios a otras personas como al entonces marqués de Stafford o al conde de Bridgewater. En su esbozo y concepción, el libro de mi padre era más o menos lo que por aquel entonces se elogiaba en toda la isla y fue reseñado como *desideratum* nada desdeñable por el *Quarterly Review* donde quedaba descrito como una guía artística de esta tierra nuestra en la que la belleza se acumula hasta en el último metro cuadrado. En su estilo, y en la alternancia temática entre las Bellas Artes y las artes mecánicas, la obra recordaba a los bien conocidos viajes de Arthur Young, quien también alternaba temas de industria rural con visitas a galerías de arte, con la excepción de que en mi padre el tema político no estaba presente, tal vez por haber sido escrito antes de la Revolución Francesa. La atención que mi padre prestó a aquellas pequeñas colecciones privadas de las mansiones que visitaba pudo ser en parte la causa, pero también en parte la consecuencia, de que él mismo tuviera en su propia casa una pequeña colección de pinturas de antiguos maestros italianos. Cito este hecho, no como una circunstancia exclusiva de la elegancia con la que mi padre hacía su gobierno, sino como todo lo contrario; una peculiaridad general del grupo social al que pertenecía. Muchos de sus amigos tenían colecciones mejores que la suya y recuerdo que dos de las visitas que, cuando era un niño, me permitieron hacer para acompañar a mi madre, fueron expresamente para contemplar la colección privada de un comerciante, no mucho más rico que mi padre. En realidad pocas cosas más honorables se pueden decir en memoria de aquella clase mercantil que el hecho de que, siendo una clase acomodada y viviendo de una manera liberal y libre, emplearan una parte tan considerable de sus beneficios en placeres intelectuales, con gran frecuencia en obras de arte, como ya he dicho, pero también, y en gran medida, en libros.

Aun así, y a pesar de que aquella clase mercantil tenía un estilo de vida que por su liberalidad y elegancia podía compararse con la de aquellos comerciantes venecianos de antaño, había muy poco, tanto en ellos mismos como en sus casas, de aquel esplendor *externo*. De acuerdo con las costumbres de su país, la economía interna de sus casas erraba de plano por efecto de una excesiva desmesura. Tenían demasiados criados, criados que muchas veces vivían con un lujo y una comodidad que habría sido difícil encontrar hasta en algunas mansiones de la nobleza. Por otro lado, ninguno de ellos era contratado para epatar a nadie, ni para alardear, tanto es así que no era común que vistieran de uniforme. Las mujeres tenían sus tareas fijas y asignadas, los hombres tenían obligaciones que podían variar. A pesar de que los gastos anuales oscilaban entre las mil y las dos mil libras no era común poseer un carruaje. Había en aquella ciudad una gran sociedad más cultivada desde el punto de vista intelectual que desde el punto de vista literario. Entre el clero, el cuerpo médico y los comerciantes conformaban una sociedad filosófica que solía publicar sus trabajos. Algunos de aquellos hombres tenían una autoridad lo bastante competente en ciencias como para mantener correspondencia con D'Alambert y otros miembros de la inteligencia o del mundo literario parisino, pero era tan evidente que ni el esplendor de ciertos nombres podía hacer nada contra la rotundidad de aquella sociedad que ni siquiera aquel físico que mantuvo correspondencia con los enciclopedistas, a pesar de todo su Buffon, su Diderot y su D'Alambert, por quienes, de hecho, juraba y cuyas cartas guardaba en el bolsillo de su chaqueta como si se tratara de amuletos, consiguió más estima general que alguien aquejado por una debilidad, y la opinión creció de tal modo que llegó a afectar también a sus destinatarios, que se ganaron pronto el mismo calificativo, y no sin razón, porque cuando fue publicada aquella correspondencia resultó ser de lo más insulsa.

Me permito añadir aquí unas palabras para describir la biblioteca de mi padre porque al hacerlo describiré también a

todos los de su clase. Era muy extensa y abarcaba un abanico general de la literatura inglesa y escocesa de la generación precedente. Resultaba imposible nombrar un libro de historia, biografía, viajes o literatura que no tuviera. Junto a ellos poseía también una colección bastante completa de viajes locales (como el de Pennant) y de topografía que, al ir ilustrados con grandes grabados, permanecían para siempre en la memoria de los niños. Había también otra cosa reseñable: todos los libros eran ingleses. No existía esa pose, ni en mi padre ni en mi madre, de decorar las estanterías con libros extranjeros porque consideraban que no había nada mejor que miles de libros en su lengua materna, ni tampoco esa pose de pronunciar con torpeza y dudosamente los títulos, como suele sucederle a la gente que no está familiarizada con toda la fuerza y el sentido de otra lengua. Con qué frecuencia se encuentra uno, en las estanterías de un moderno *literateur*, lánguidos e inútiles libros en siete u ocho lenguas diferentes, ninguna de las cuales controla lo suficiente como para disfrutar de todo el peso y el valor de sus contenidos o para leer de manera que no resulte impostada y poco placentera. ¿Qué es lo que empuja a un hombre a buscar *satisfacción* en atesorar lujos exóticos y lejanos cuando no ha agotado los de su propia tierra? ¿Es que acaso las aguas de los ríos Abana y Farpar, en Damasco, son mejores que las aguas de Israel? Es cierto que existen diferentes motivos para aprender una lengua y hay algunos de ellos para los que no tengo ninguna objeción. Los placeres de la literatura son los que son, por eso no me resulta difícil entender que un danés quiera aprender inglés dado que su lengua no es tan amplia ni tan original y muchos de sus mejores escritores optan por el alemán con la intención de obtener así un público más amplio. También un español o un portugués podrían, con muy buen criterio, aprender inglés o alemán porque sus literaturas nacionales, a pesar de poseer algunas joyas, no están bien provistas en otros sentidos, pero ¿por qué han de contentarse con bellotas quienes han sido premiados con los frutos de Ceres? Eso contradice todo el sentido de la idea mitológica del

progreso humano. Pongamos un ejemplo; uno de los terrenos más prolíficos de la literatura inglesa es su teatro, desde la reina Isabel hasta la época parlamentaria. No se ha visto jamás, y ni siquiera podemos confiar en que vuelva a suceder entre nosotros mismos, una exhibición tan espectacular de la vida humana en todas sus encarnaciones y formas, ni una escena social tan bien representada, ni unos personajes tan poderosos. La tragedia griega es el único período literario que puede compararse con él en interés y valor. Muy pocos lectores de hoy están familiarizados con esas obras, hasta los poderosos textos de Beaumont y Fletcher, cuyo sentido cómico es casi tan sofisticado como el de Shakespeare, yacen cubiertos de polvo mientras que hace veinte años los tocadores de nuestras señoritas estaban atestados de las insulsas piezas de Alfieri. Es cierto que, sobre este particular, el indebido honor que se le atribuyó a aquel pintor sin vida de la vida humana, a aquel dramaturgo tan poco dramático, se debió en parte a que por aquel entonces fueron publicadas sus memorias, tan cierto como que desde hace ya tiempo han caído en el olvido sus insípidos dramas, incapaces de defenderse solos; pero hay otros escritores, no mejores que él, que triunfan todavía y tal cosa debe producirse en realidad porque existen lectores que son tan poco dueños de sí mismos como para juzgar una pieza literaria y captar sus verdaderas intenciones con el criterio de su propio *sentimiento*: que confunden siempre el placer que es capaz de otorgar un escritor con el placer³ natural que siempre acompaña al hecho de haber superado una dificultad.

En la biblioteca de mi padre no sólo no había más que libros ingleses sino que entre ellos tampoco había ninguno relacionado con la vieja literatura, no había, de hecho, ni uno solo de ninguna clase que no estuviera allí para su entretenimiento. A un estudiante o un investigador la biblioteca de mi

3 No me cabe la menor duda de que este malentendido en particular es la causa principal del exagerado aprecio que se tiene a muchas piezas de la literatura griega que son, en realidad, mediocres.

padre sin duda le habría parecido algo pobre. Su uso y propósito no era otro que su diversión, su entretenimiento inmediato. Al vivir en el campo, como la mayoría de los hombres de su clase, mi padre no podía acudir al teatro ni a ningún espectáculo público para distraerse. Los placeres cotidianos los buscaba en los libros, en los paseos por los jardines y en el invernadero. Este último solía estar tan pegado a la vivienda que casi conformaba una habitación más en aquellas casas de campo. A la casa en la que pasé mi infancia le dimos el modesto nombre de «La Granja» y ocupaba una estancia completa; era, de hecho, y por sus dimensiones, la habitación principal en aquella casa que construyó mi padre y no tenía comparación por su tamaño con ningún otro invernadero de los que conocí cuando era un muchacho.

Concluiré el retrato de mi padre y de la clase a la que pertenecía diciendo que Cowper era el poeta a quien más valoraba pero que el Dr. Johnson, que acababa de morir por aquel entonces, era su autor más reverenciado por diferentes motivos, en parte por su valentía, su robusta y su cumplidora conciencia moral pero también por el constante amor a la verdad que se ponía de manifiesto en sus *opiniones* y por aquel estilo majestuosamente procesional y de un artificio casi rimbombante con el que a veces no estaba de acuerdo porque prefería una lengua en la que la gracia y viveza de su materno inglés conservara su frescura. Añadiré también que en aquellas casas se escuchaba muy poca música por aquel entonces y que la consideración reverencial que se tenía por el aprendizaje (por la erudición escolástica, quiero decir) era excesiva y desproporcionada. Al no haber tenido las ventajas de una educación académica, mi padre y todos los hombres de su clase profesaban una gran admiración por aquéllos que la habían tenido y les concedían, con su natural modestia, una superioridad que iba más allá de lo razonable. Como no eran capaces de comprender que los eruditos muchas veces se convierten, precisamente a causa de los libros, en hombres insulsos y lánguidos, no comprendían tampoco hasta qué punto la actividad mercantil y la lucha real

por sacar adelante los negocios había agudizado su juicio, afilado su capacidad de entendimiento y aumentado el dinamismo de su inteligencia. En cuanto a su amor por Cowper era más que comprensible desde el momento en que la experiencia de Inglaterra de aquel autor era idéntica a la de ellos y todos los elementos de su literatura reflejaban con fidelidad aquel período y las casas en las que vivían: sus chimeneas encendidas, sus largas tardes invernales, sus mesitas en la que había «una tetera silbante recién sacada del fuego», sus periódicos con aquellos sempiternos debates, Pitt y Fox al mando del Senado y Erskine al mando del bar. En aquellas descripciones de Cowper ellos reconocían su tierra y a unos contemporáneos que veían las cosas desde su misma perspectiva, y sus denuncias morales sobre todas las cuestiones públicas candentes estaban planteadas en unos términos de conciencia similares a los suyos. Cuando me refiero a las cuestiones públicas hablo de aquéllas en las que no había duda posible sobre su dimensión moral, como la trata de esclavos o las *lettres de cachet*. Todos coincidían con solicitud en cierto punto que habría desestimado cualquier ciudadano francés, a saber, que su nación siempre se comportaba correctamente en sus actuaciones nacionales e internacionales. Con respecto a otros asuntos políticos había gran divergencia de opiniones, especialmente con respecto a la Guerra de Independencia Americana o a la Revolución Francesa. Después de aquello un gran conformismo se apoderó de toda su clase durante muchos años.